

Al mismo tiempo el rigor y la energía redoblados de las autoridades civiles y militares en Polonia demostraron que la solicitud de las potencias extranjeras no haría más que aumentar los padecimientos de los infelices habitantes del país insurreccionado, mientras en Rusia se manifestaba claramente un movimiento nacional que impulsaba al tsar forzosamente á la guerra, lo cual, á decir verdad, no habría disgustado á Napoleón si hubiera estado seguro de Inglaterra y Austria.

No ha faltado historiador que asegurara que entonces se meditó en París en el desembarco de un ejército francés en Trieste para marchar desde allí en unión de otro ejército austriaco á Polonia, ó también en un desembarco de franceses en Curlandia, contando en este caso con la cooperación de la Suecia. Lord Russell declaró en la cámara de los lores en 8 de mayo, después de haber recibido la contestación del gobierno ruso, que el inglés no pensaba desenvainar su espada en favor de la Polonia y que únicamente continuaría dirigiendo reflexiones amistosas á la Rusia. Al mismo tiempo se declaró dispuesto á entenderse con las otras dos potencias sobre nuevas proposiciones que se someterían al tsar; pero esto lo dijo solamente con el objeto de contener dentro de ciertos límites las exigencias de Napoleón. Éste propuso que los tres gobiernos se obligaran en un acta á hacer aceptar su programa por medios diplomáticos, «ó de otra manera si fuera necesario;» exigió que las concesiones que se habían de pedir para la Polonia, señaladas en el congreso de Viena, se pidieran también para la Lituania, la Podolia, la Volhynia, etc., y para este arreglo solicitó la reunión de un congreso europeo. Ni la Inglaterra ni el Austria admitieron nada de esto, y pasaron dos meses antes de que las tres potencias se pusieran de acuerdo sobre una contestación común. En ella, en 17 de junio, recomendaron al tsar la concesión de las seis reclamaciones siguientes: amnistía completa, un parlamento polaco, funcionarios polacos, libertad religiosa, el empleo exclusivo de la lengua polaca y una nueva ley de servicio militar. A estas reclamaciones añadieron Francia é Inglaterra la proposición de que el tsar promulgara un armisticio é invitara á las potencias firmantes del congreso de Viena á celebrar conferencias sobre los mencionados seis puntos.

La respuesta del canciller ruso se hizo esperar bastante tiempo. Mientras tanto se extremó la guerra en Polonia con todos sus horrores y con todo lo implacable que tienen las represiones militares. Habiéndose sublevado también Lituania, se envió allí un nuevo gobernador, el general Murawieff, nombre que adquirió en breve siniestra celebridad. En muchas ocasiones se exterminó sin piedad á los prisioneros: se promulgaron bandos de cruel minuciosidad, imponiendo las delaciones, declarando sospechosos á los propietarios que se alejaban sin autorización de sus posesiones, á las mujeres que se vistieran de luto y á los sacerdotes que se obstinaban en considerar como hermanos á los rebeldes. Las penas consistían en encarcelamiento, destierro, confiscación, deportación y muerte. Todos los medios parecían buenos para sofocar la rebelión. Los pola-

cos, exasperados á su vez, no daban cuartel á sus enemigos, y á los excesos respondían con otros excesos.

Por fin, Gortschakoff se decidió á contestar á las tres potencias el 13 de julio. En su respuesta, escrita al parecer sencillamente, pero en la que traslucía cierto tono sarcástico, decía que el tsar no podía promulgar el restablecimiento de la paz, pero que las potencias extranjeras podían contribuir á él, pues que las cuadrillas que estaban todavía en armas se reclutaban únicamente del extranjero, y cuando llegaban á aumentarse en algún punto eran inmediatamente derrotadas, si bien luego pasaban la frontera y volvían á presentarse en otros puntos. Añadió que este juego era continuamente renovado por los comités revolucionarios extranjeros por el efecto teatral que producía en la opinión pública europea, todo con la esperanza de que la Rusia finalmente llegaría á verse enredada en una guerra con las demás potencias, y que todo esto era dirigido desde París. Tocante á los seis puntos, rehusó Gortschakoff manifestar su opinión antes del restablecimiento del orden, y tampoco aceptó ninguna conferencia con las potencias del congreso de Viena, porque no lo permitía la dignidad de Rusia; pero dijo que estaba pronto á tratar con Austria y Prusia, que como dueñas de territorios polacos tenían intereses idénticos á los rusos. Esta última proposición estaba evidentemente calculada para separar al gabinete de Viena de los gabinetes aliados; pero el propósito fracasó porque el conde de Rechberg, primer ministro de Austria, declaró en términos muy corteses que no podía entrar en tales conferencias separadas y que la situación en Galitzia no podía ser acompañada con la de Polonia.

La contestación de Rechberg disgustó tanto en San Petersburgo que el tsar invitó en una carta autógrafa al rey de Prusia á una declaración de guerra en común contra el Austria y la Francia. Esta proposición fué rechazada inmediatamente en Berlín por consejo de Bismarck, pero dió lugar á una correspondencia entre los dos monarcas hasta que Alejandro renunció á su plan guerrero.

La inutilidad de las gestiones practicadas hizo que el gobierno francés propusiera al austriaco y al inglés dar mayor fuerza á sus reclamaciones, pasando de los ruegos á las reconvenciones, y quién sabe si á la acción. Pero la Gran Bretaña se esquivó y Austria siguió su ejemplo. A pesar de esto, los aliados conocieron que no podían resignarse á un silencio que equivalía á la confesión de su derrota diplomática, y el 12 de agosto los tres gobiernos enviaron nuevas notas á San Petersburgo, que en su frase final estaban concebidas en los mismos términos. En ellas cada gabinete exponía á su manera la justicia de las quejas polacas, la insignificancia de los auxilios que la sublevación recibía de fuera, su extrañeza de ver rechazada por Rusia la proposición de un congreso, la sorpresa que le causaba la contraproposición del gabinete moscovita, y terminaba dejando á Rusia la responsabilidad de las consecuencias que pudiera acarrear la prolongación de las turbulencias de Polonia.

Gortschakoff aceptó estas notas, á las cuales se contentó con acusar recibo,



añadiendo que el emperador su amo era el mejor amigo de Polonia, y que se consideraba bastante fuerte para aceptar todo género de responsabilidades, teniendo en su favor á Dios, á su conciencia y á sus pueblos. De esta manera cerró una discusión que, de continuar, sólo habría podido separar más á las diferentes potencias en lugar de aproximarlas.

La derrota de las tres potencias aliadas fué completa, y como cada una quería atribuir la culpa principal á la otra, acabó de repente su unanimidad. La Inglaterra se entendió todavía con la Francia para declarar en San Petersburgo que la Rusia, por haber faltado á sus compromisos de 1815, había perdido sus derechos sobre la Polonia y su propósito de reconocer como beligerantes á los sublevados. Pero no por eso el gobierno inglés se mostró dispuesto á apoyar su declaración con disposiciones guerreras, como probablemente hubiera deseado Napoleón. El Austria se negó á tomar parte en otros pasos dados de común acuerdo, porque el conde de Rechberg había recibido de San Petersburgo el aviso claro y terminante de que el tsar consideraría una nota parecida á la mencionada como una declaración de guerra. Entonces el gobierno austriaco pidió al gobierno inglés que le garantizara sus territorios, y como el gobierno inglés no accedió á esta petición, el Austria se aproximó otra vez á la Rusia y algunos meses después declaró sus territorios polacos en estado de sitio, con lo cual perdió la sublevación polaca su último apoyo. A pesar de todo, el gobierno inglés envió su despacho, aunque redactado en forma más suave, á San Petersburgo; pero detuvo al portador telegráficamente en Berlín, porque el gobierno prusiano había declarado entretanto que se uniría con la Rusia para defender la integridad de Alemania. Como además había pasado á primer término en aquellos momentos la cuestión del Schleswig Holstein, los ministros ingleses creyeron más fácil poder salvar la Dinamarca si abandonaban la Polonia. Con este motivo volvieron á suavizar la mencionada nota, que finalmente fué entregada el 20 de octubre en una forma completamente pálida.

Napoleón comprendió con pesar que en todo este asunto había sufrido su política un grave fracaso y que era de la mayor importancia para su posición en Francia hacerlo olvidar. Con este objeto, en su discurso de apertura de la legislatura el 5 de noviembre de 1863, trató de la cuestión polaca, hablando de la cordialidad de sus relaciones con el emperador Alejandro, y lamentando que el interés que se había tomado por una causa simpática á Francia, le hubiera conducido á comprometer una de las primeras alianzas del continente. En seguida trazó á grandes rasgos la historia de las recientes negociaciones, diciendo con tristeza que los consejos desinteresados del gobierno francés habían sido tomados en Rusia por intimidaciones; que las gestiones practicadas, en lugar de contener la lucha, la habían envenenado, y que por ambas partes se cometían excesos que se debían deplorar en nombre de la humanidad. La conclusión de estas consideraciones fué la proposición de un congreso europeo que no tan sólo arreglara la situación de Polonia, sino que sustituyera los tra-

tados de 1815, ya caducos, con nuevas estipulaciones encaminadas á asegurar la paz del mundo.

En efecto, desde el 4 de noviembre el gobierno francés había dirigido á las diferentes potencias despachos invitándolas á celebrar dicho congreso; pero las contestaciones que fué recibiendo, fríamente corteses y muchas de ellas llenas de desconfiadas reservas, no dejaron lugar á duda sobre el éxito de la proposición. Austria pidió que se precisara el programa del congreso; el tsar se limitó á encomiar lo que había hecho en bien de sus pueblos y pedía también aclaraciones; el rey Guillermo I de Prusia convino en que los tratados de 1815 debían sufrir algunas modificaciones, y en tal concepto se adhería á la reunión del congreso, pero sin deseárselo; Italia, atenta á Roma y á Venecia, aceptó, pero sin interés ni entusiasmo. Inglaterra, después de meditar tres semanas su respuesta, dió una rotunda negativa en frases que podían lastimar el amor propio del gobierno francés.

Resultado final, que quien sacó provecho del congreso propuesto por Napoleón III, y del cual no se volvió á hablar, fué Rusia, á la que le quedó el campo libre para entendiérselas con los sublevados y que pudo tener el gusto de ver cómo entre los gabinetes francés é inglés se cambiaban explicaciones tan agrias como todas las reconvenções acumuladas antes contra San Petersburgo.

Sucedió lo que no podía menos de suceder: que Polonia, entregada á sus propias fuerzas y agotados sus recursos, acabó por sucumbir, y Rusia la hizo sentir todo el peso de sus rigores.

Había pasado irrevocablemente el tiempo de los triunfos de Napoleón III en su intervención en la política europea.